

AÑO XXI.—NÚM. 5962

18 DE ABRIL DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Lúnes 18 de Abril de 1881.

SEMANA SANTA.

BREVES APUNTES
SOBRE

LAS PROCESIONES DEL VIERNES.

Grata, pero difícil tarea la mía, al tener que ocuparme de las públicas demostraciones religiosas del viernes último. Se trata de nuestras procesiones de Semana Santa, asunto que por lo grandioso, y por la reputación que goza en el concepto universal, parece como que pide en el órden descriptivo pluma más competente; pero ello es preciso ceder cortés a la amistad y al compañerismo; pídenme esta revista, y allá vá, sea como quiera.

Comiéntola por donde debiera concluir; y no se tome esto a capricho de mi autonomía. La Real Hermandad del Prendimiento y Esperanza de la salvación de las almas, se ha llamado este año el retramiento, sistema que detestamos en cuanto lleva al falseamiento del equilibrio ó manera de ser de las cosas; de modo que al quedarse en casa, nos ha privado del espectáculo de las primeras escenas del sangriento drama que tuvo sus principios en el huerto de Getsemani; la pasión tendremos por tanto que comenzarla camino del Calvario: salgamos, pues al encuentro del Salvador.

Serena, como mañana de primavera, estaba la mañana del viernes santo; pocas veces se sucede este día tan entrado en el reinado de las flores; la luna acababa de llegar á su plenilunio; lámpara de la noche, enviábanos una luz tenue, melancólica, á través de ligeras flotantes gasas, dando cierto tinte de tristeza á la tristeza misma de los recuerdos. Por una reminiscencia de la naturaleza, frescas, levecillas áuras de la parte del Aquilon, recogiendo á su paso los perfumes primaverales, llegaban hasta nosotros como la voz del sentimiento, como el suspiro del alma dolorida. Cielo y tierra estaban de duelo.

Los toques de diana de los tercios de romanos, hebreos y granaderos dejarónse oír, seria como la una. El de granaderos, tipo del tiempo de Felipe V, es una de las novedades que nos ha dado en este año la cofradía de Nuestro Padre Jesus Nazareno, á cuyo cargo están, como es sabido, las procesiones de la mañana y noche del viernes. Componese de veintidos parejas, armadas de largas y escelentes espadas toledanas; su uniforme, casaca y chups de paño blanco con vueltas encarnadas, pantalón de punto blanco, polainas ne-

gras y gorra de pelo. Precediale cuatro flanqueadores y un cabo, con mandiles; éste armado de sierra y aquellos de picos; y diez seis músicos, todos con igual uniforme.

Su bandera es de seda color morado y lleva estampado de blanco en un lado la cruz, y en el otro las iniciales J. N. Muchos años hacia que la gorra de pelo dejó de formar parte en el adorno de las procesiones del viernes santo; la cofradía del Prendimiento nunca quiso prestar los sayos; hoy vemos con satisfacción que se ha remediado la falta, que en vano se pretendió llenar con los hebreos, magnífico ideal, muy bien recibido por cierto; pero con todo y con eso, para los que cuando niños nos recreábamos viéndoles hacer la guardia en el monumento de Santo Domingo, con sus relevos, á toque de tambor, y sus ceremoniales al depositar y retirar la bandera: ya batiéndola ante el de Santa Maria, con todos estos recuerdos y el de su marcha tradicional, no veíamos bien, no nos hacíamos á la ausencia de los granaderos de nuestras procesiones. Judios y granaderos son dos tercios que nacieron casi á un mismo tiempo, y que despues hermanó la costumbre hasta el punto de no poder pasar los unos sin los otros. La cofradía de Jesus Nazareno ha satisfecho el deseo general, y de una manera que la acredita de buen gusto.

En cambio, los hebreos, apesar de sus buenos efectos de propiedad y perspectiva, muy cerca han estado de ser bajas, al menos para estas procesiones. Gracias al Sr. Carrion que ha tomado por su cuenta la restauración de los trages, causa aparente de la proscripción; y aun cuando ménos en número, pues que solo han salido diez y ocho parejas, hemos visto con agrado compensada la falta con la presencia de Caifas, el sumo sacerdote y principal agente é instigador de la sedición contra Jesus, el cual marchaba á la cabeza de su pueblo con paso reposado y magestuoso continente. Una luega cabellera cenicienta y barba del mismo pelo, daban á su rostro, un aspecto venerable. Sus vestiduras componíanse de túnica blanca adornada de morado y oro, y el *ephod*, color azul; llevando sobre el pecho el racional, y en su cabeza la tiara. El atributo de su dignidad estaba representada por el cetro. Esta es otra de las novedades presentadas en este año.

Tales son tambien los tronos de San Juan y de la muger Verónica. Ya no podrá decirse de este último, como hasta aquí, de haber sido siempre el más pobre y desatendido de todos los tronos. El desprendimiento de D. Pedro Egea, y la habilidad de su hijo D. Emilio que lo ha tra-

zado y esculpido, han invertido los extremos haciendo del último, sino el primero, poco ménos.

Es una verdadera obra de arte así por la belleza de su forma, como por lo delicado de su escultura.

Todo él es dorado, lo mismo que su elevado cartelage, dispuesto en cuatro grupos en forma de candelabros del mejor gusto, conteniendo setenta y seis bombas de cristal opaco. Ni una flor colgaba de sus cartelas: solo el arte es el que ha entendido en su exornación.

Pero si artístico, elegante y digno se ha presentado el trono de la Verónica, no ménos lo és el de San Juan. En este alterna, en bien estudiada combinación, el dorado con el plateado, y lo mismo el cartelage, que está dividido en ocho elegantes grupos, de muy buen gusto, que sostenían ochenta y cuatro bombas, hechura de tulipanes, de cristal tan bien opaco. Las flores tampoco han entrado en el adorno de este trono; como el anterior, el arte ha sido el encargado de todo. En sus cuatro frentes se ven primorosamente tallados los atributos apocalípticos: el libro, el cáiz, y el aguilá; y la palma como emblema de la pureza Orgulloso puede estar de su obra el señor Moya, y muy satisfecho el señor D. Manuel Aguirre que lo ha costeado. Su nombre será de aquí adelante de grato recuerdo para sus hermanos en Cristo los *marrajos*.

Por lo que mira á los demás tronos, tambien se ha echado de ver en ellos algunas novedades; el que en el año último llevó San Juan ha pasado á ser de Maria Salomé; la Magdalena ha salido en el que viene sirviendo para San Pedro en la procesion del miércoles, propiedad de los maestros del Arsenal; y el monte de N. P. Jesus ha reemplazado sus cuatro faroles por otros tantos grupos de bombas, de cinco cada una; se le ha limpiado de toda clase de flor, y sehan relegado, con buen acuerdo, los angelitos de los extremos. El trono de la Virgen lo ocupaba la del primer dolor, hermosa efigie, regato hecho á la Iglesia castrense de Santo Domingo por la Excm. señora D. Dolores Ruiz de la Pezuela, y vestía túnica color rosa, y manto azul, todo de terciopelo ricamente bordados de oro.

Pasemos ahora de los preliminares á la procesion. Estamos en la de la mañana, camino del Calvario. Las cuatro habian dado cuando comenzó á salir de la dicha Iglesia de Santo Domingo: hora en que la naturaleza empieza á sucudir el sopor de la noche ante los primeros destellos de la luz, alba purísima nuncio del día, cuando los pajarillos cantan y las flores envían al cielo el incienso de su ambrosia: ¡horas hermosas de amor y de contemplación! Hé aquí el órden que llevaba.

Abrian la marcha cuatro soldados y un cabo de la Guardia civil, y á continuación los granaderos; tercio y paso de Maria Cleofé, de estilo antiguo, flor blanca, rosa, azul y oro, y setenta y dos bombas; Maria Salomé con ciento cuatro; bombas, Verónica, guardia pretoriana (judios) Jesus, Hebreos, Magdalena, con ciento diez y seis bombas; San Juan, y la Madre dolorosa.

Todos ellos llevaban sus correspondientes músicas, excepto Jesus, ánte el cual iban, segun costumbre, un coro de voces con acompañamiento del fagot cantando el *misere*.

Dos horas ménos cuarto se empleó en la salida de la procesion. Esta recorrió ordenadamente la carrera de siempre, volviendo á Santo Domingo á la ocho y media y terminando su entrada cerca de las once.

La temperatura era apacible. El sol que habia estado oculto entre celages, mostrónos su esplendente disco en los momentos en que la Virgen dejaba la plaza de la Merced para entrar en la calle de Duque. Esto nos privó de la hermosa perspectiva del trono herido por los rayos del sol, así como de su efecto sobre los prismas de cristal del trono de la Verónica. Sin embargo: la vista que presentaba la espaciosa plaza con sus flores, con el inmenso concurso, con sus balcones y terrados cuajados de gente, era de lo más delicioso que puede imaginarse; no faltaron curiosos que subieron al de ruido castillo de la Concepcion para contemplarla á vista de pájaro. Por otra parte, la hora, los acentos de las músicas, y ese encanto indefinible que tiene la salida del sol de primavera, todo contribuía á enternecer el corazón en el más dulce de los sentimientos: sentimientos que se traducían elocuentemente en el silencio y religiosa actitud de los espectadores.

El número de estos en la plaza de la Merced, bien puede calcularse en más de ocho mil; cuantos podían contener los espaciosos alrededores del jardín; en la anchurosa avenida de la calle de San Diego y costado del E. estaban como hacinados. En la larga estension de las calles del Duque, Cuatro Santos, Osuna y Mayor, incalculable; aquello era un mar de gente de todos tipos y abigarrados trages, digno de dar materia á la fotografía.

Digno, dignísimo era tambien el objeto que allí les traía. Nunca la procesion de la mañana se ha presentado en nuestras calles, de una manera tan suntuosa, ni tampoco más ordenada.

Dicho sea esto en honra de la Cofradía de N. P. Jesus de Nazareno, y satisfacción de todos.

MANUEL GONZALEZ.

(Se continuará.)